

encima de otra, ó tendía un capote sobre un pabellón formado con fusiles, y el sol ya no me molestaba. ¿De quién era aquella mano? Suya, siempre suya. Apenas llegados á la etapa después de seis, siete, ocho horas de camino, en cuanto se habían desplegado las tiendas desaparecía: buscábalo yo; llamábalo á voces; enojábame: dónde estará: á saber dónde se habrá metido; cuidado con el muchacho; qué cabeza la suya; no, pues en cuanto vuelva le diré cuántas son quince; y si mucho me apura lo envío á la compañía. Y así por el estilo. Y de pronto me lo veía venir qué sé yo de dónde, doblado bajo el peso de un abultado haz de paja, andando como podía, tambaleándose, denostando á derecha é izquierda á todo aquel que pretendía cogerle un puñado, tropezándose en las cuerdecillas de las tiendas, saltando fosos y ribazos, pisando los morrales y las camisas tendidas sobre el suelo para que se secaran, tropezándose con los adormecidos, y recogiendo al paso una nube de blasfemias é interjecciones. Llegaba jadeante donde estaba yo, echaba al suelo la paja, lanzaba un resoplido tamaño, secábase el sudor y entre avergonzado y temeroso me decía: —Mi teniente, me he hecho esperar mucho, lo sé; pero he debido ir tan lejos! —Extendía la paja sobre la hierba á todo lo largo, amontonaba una porción en uno de los extremos, ponía debajo su morral, á manera de almohada, y luego volviéndose á mirarme decía: —¿Está bien así, mi teniente? —¡Pobre muchacho! pensaba, no he estado justo enojándome contigo. —Y luego le decía: —Véte, véte á descansar que bien lo necesitas. —Pero él insistía preguntando: —¿Está bien así, mi teniente? Si no está iré á buscar más. —Sí, sí; estoy bien: anda á descansar; no pierdas tiempo.

Y en marcha, de noche, si me asaltaba el sueño, y cual suele suceder, seguía andando con paso vacilante é incierto, y serpeando de un lado á otro del camino acercábame demasiado á algún barranco, sentía sobre mi brazo una mano que

se apoyaba ligeramente y que me empujaba con la mayor suavidad hacia el centro de la vía, en tanto que una voz sumisa y tímida decía á mi oído: —¡Cuidado, mi teniente, que hay un precipicio!...

Pero Señor, ¿qué he hecho yo á este hombre para que así me rodee de cuidados y ternezas como si fuera una madre? ¿Qué tengo, qué soy para que me ame con tanto afecto, con tanta devoción? ¿Qué es lo que ve en mí, para que viva consagrado á mí, y para que se sienta capaz, estoy seguro de ello, de dar su vida por mi vida? ¿Por qué razón, por qué motivo ese pobre muchacho de semblante rudo, de manos encallecidas á fuerza de manejar la azada, cuyos miembros han adquirido fortaleza con el trabajo rudo y las fatigas incessantes, sin cultura, sin educación; que nació y ha crecido en una mísera aldehuela, ajeno á todos los usos de la vida de ciudad, se ha hecho ruboroso y gentil como una jovenzuela, y contiene la respiración para no interrumpir mi sueño, y, para evitarme un peligro, me roza respetuosamente el vestido, y me entrega las cartas con la punta de los dedos como si temiera profanarlas, y le hace completamente feliz una sonrisa bondadosa, y le llenan de júbilo una palabra mía cariñosa, un gesto, un ademán, una mirada que quieran decir: ¿Va bien?... ¿En qué consiste?

¡Ah! Importa consignar que el corazón humano experimenta singulares latidos bajo este paño burdo, que no puede, no, comprender quien no sea ó no haya sido soldado. El vulgo presume que no existen en nosotros más afectos que los que nos agitan el alma en tiempo de guerra. La verdad es que el vulgo no nos conoce. Ignora que en el soldado el corazón no sólo no envejece nunca, sino que se rejuvenece y se abre siempre á los afectos más gratos y gentiles de la primera edad, y por ellos dominado vive y se exalta más, mucho más que en la tempestuosa y terrible embriaguez de la guerra... No, quien no sea soldado no podrá jamás com-

prender la intensidad del afecto que me une á ese muchacho. Para ello es indispensable haber pasado muchas noches vivaqueando en el campamento; haber hecho muchas y pesadas marchas bajo los rayos del sol de Julio; haber prestado muchas veces el servicio de avanzada bajo una lluvia torrencial; haber experimentado el martirio del hambre y de la sed, y haber tenido constantemente al lado un amigo que os ha echado encima un capote para libraros del frío, que ha secado vuestras ropas, que os ha traído un sorbo de agua y os ha ofrecido un bocado de pan cuando para sí mismo lo necesitaba.

¡Sirvientel! ¡Criado! ¡Y hay quién le llama así! ¡Oh, (exclamaba haciendo un ademán como de desdén y de sorpresa) es una blasfemia! Sí... porque cuando ese hombre se me cuadra junto al dintel, y me saluda, y fija en mi rostro su mirada llena de sumisión tímida y afectuosa, comprendo que tanto respeto y afección hay en el ademán que hago para que baje la mano, como en el que realiza por su parte al levantarla...

Y este hombre me abandona, — me deja solo, — ¡no lo veré más!... ¡Pero no! yo iré á buscarle. Yo iré á encontrarle cuando haya obtenido la licencia: conozco el nombre de su país, preguntaré el de su aldea, el de su casuca, correré allí, le sorprenderé trabajando en sus campos, le llamaré por su nombre. — ¡Qué veo! ¡Qué! ¿No te acuerdas ya de tu teniente? — ¡Qué veo! ¡Cielos! ¡Mi teniente! ¡Usted aquí! — me dirá conmovido. — Sí, sí; yo que necesito verte. ¡Vén acá, mi querido y buen soldado! ¡Abrazame!

En aquel instante sintióse un rumor en la escalera producido por un paso ligero, lento y desigual, como de quien sube vacilando, y procura buscarse la salida. Fija la atención sin volver la cabeza: el paso se acerca; se oprime el corazón; helo ahí, — es él — es el soldado.

Trafá la faz turbada y los ojos encarnados: saludó, dió un paso al frente y permaneció largo rato contemplando á



La vida militar.

El asistente

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICA  
CALLE DE LA INDEPENDENCIA 1625  
MEXICO, D.F.

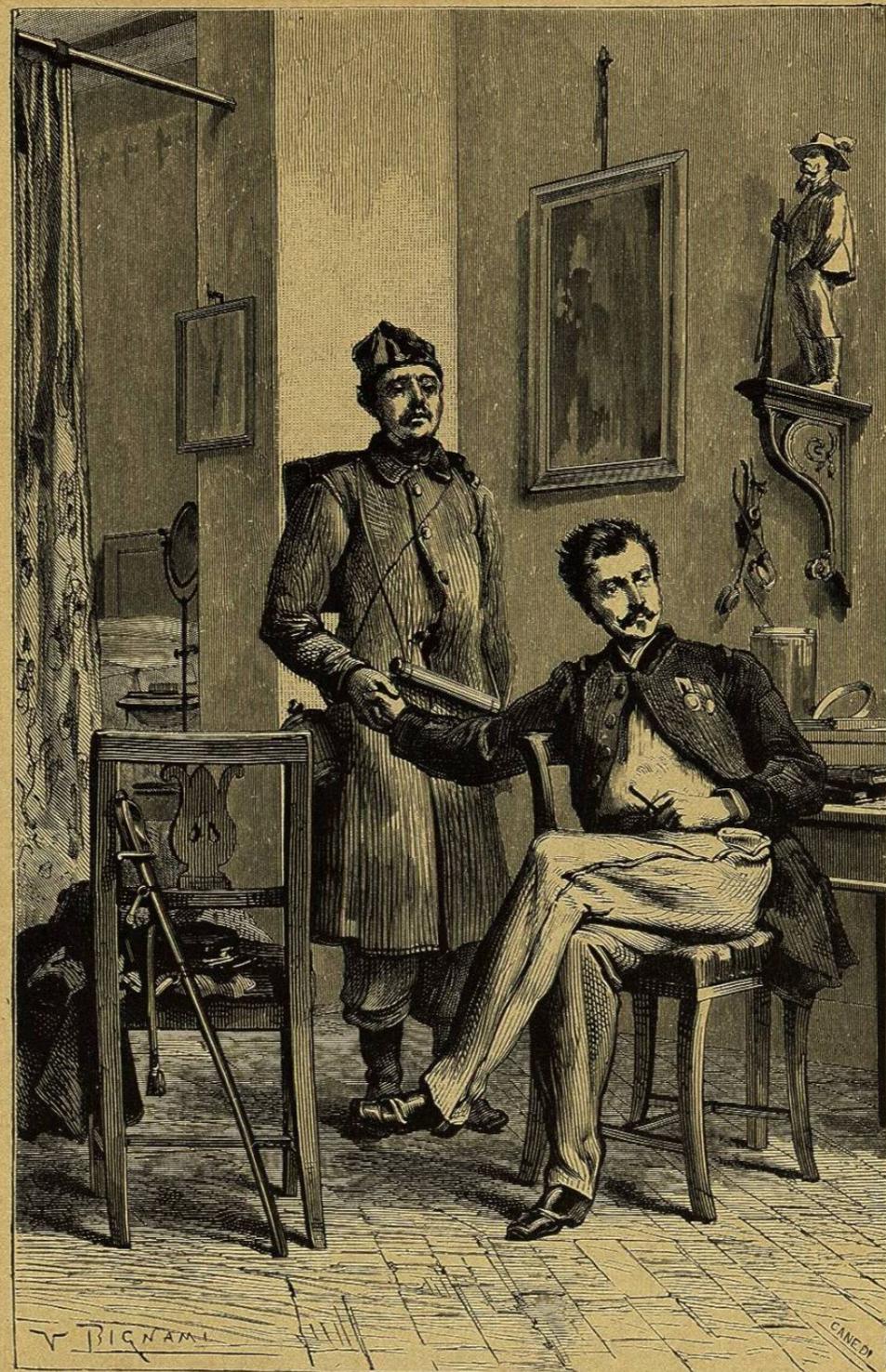
... la intensidad del afecto que me une á ese muchacho... es indispensable haber pasado muchas noches... en el campamento; haber hecho muchas y pesadas marchas bajo los rayos del sol de Julio; haber prestado muchas veces el servicio de avanzada bajo una lluvia torrencial; haber experimentado el martirio del hambre y de la sed, y haber tenido constantemente al lado un amigo que os ha puesto encima un capote para libraros del frío, que ha secado vuestras ropas, que os ha traído un sorbo de agua y os ha ofrecido un bocado de pan cuando para sí mismo lo necesitaba.

¡Sirvientel! ¡Criadol! ¡Y hay quién le llama así! ¡Oh, exclamaba haciendo un ademán como de desdén y de sorpresa! es una blasfemia! Sí... porque cuando ese hombre se me cuadra junto al dintel, y me saluda, y fija en mi rostro su mirada llena de sumisión tímida y afectuosa, comprendo que tanto respeto y afección hay en el ademán que hago para que bajo la mano, como en el que realiza por su parte al levantarla...

Y este hombre me abandona, — me deja solo, — ¡no lo veré más!... ¡Pero no! yo iré á buscarle. Yo iré á encontrarle cuando haya obtenido la licencia: conozco el nombre de su país, preguntaré el de su aldea, el de su casuca, correré allí, le sorprenderé trabajando en sus campos, le llamaré por su nombre. — ¡Qué veol! ¡Qué! ¡No te acuerdas ya de tu teniente? — ¡Qué veol! ¡Cielos! ¡Mi teniente! ¡Usted aquí! — me dirá conmovido. — Sí, sí; yo que necesito verte. ¡Vén acá, mi querido y buen soldado! ¡Abrazame!

En aquel instante sintióse un rumor en la escalera producido por un paso ligero, lento y desigual, como de quien sube vacilando, y procura buscarse la salida. Fija la atención sin volver la cabeza: el paso se acerca; se oprime el corazón; helo ahí, — es él — es el soldado.

Traía la faz turbada y los ojos encarnados: saludó, dió un paso al frente y permaneció largo rato contemplando á



La vida militar.

El asistente

su teniente. Éste permanecía con el rostro mirando al lado opuesto.

— Mi teniente, marchó.

— Hasta la vista, — contestó éste apretando los labios á cada palabra que pronunciaba, sin atreverse á volver la cabeza. — Hasta la vista... Buen viaje... vuelve á tu casa... trabaja... sé siempre buen muchacho... como has sido hasta ahora y... hasta la vista.

— Mi teniente, — exclamó el soldado con voz temblorosa, dando un paso adelante.

— Vé, vé; mira no se te pase la hora; ea; que es tarde; véte...

Y le alargó la mano, y el soldado se la estrechó con toda su alma.

— Ea: buen viaje... y acuérdate de mí... ¿Verdad que te acordarás de mí alguna vez?

El pobre muchacho quería responder: intentó pronunciar una palabra y le escapó un gemido: estrechó otra vez aquella mano, volvióse, miró la puerta, miró de nuevo al oficial, que continuaba con el rostro vuelto al lado opuesto, dió otro paso...

— ¡Ah, mi teniente, mi teniente! — dijo sollozando, y huyó.

Quedó el otro solo, miró en derredor, permaneció largo espacio con la mirada fija en el dintel de la puerta: después apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza en sus manos. Llenáronse sus ojos de agua, que brilló en ellos un momento, y convirtiéndose después en dos grandes lágrimas que resbalaron rápidamente por sus mejillas, temerosas, se dijera, de ser vistas. Pasóse la mano por los ojos; miró el cigarro, habíase apagado. Lo que es aquellas eran lágrimas verdaderas. Apoyó la frente sobre uno de los brazos, y dejó que corrieran con toda libertad, que bien lo había menester.